

El 8 de julio de 2012 puse los pies en Burkina Faso por primera vez. En Uagadugú me esperaba Ousmane, chófer con el que me había puesto en contacto Rafael Jarrod y que me llevó al albergue Les Lauriers, en la capital, donde pasé la noche. Al día siguiente, el mismo Ousmane me vino a buscar, me acompañó a comprar una tarjeta de teléfono y emprendimos el camino a Ziniaré (junto con Silvia, Alex y Juan que estaban de voluntarios en el centro de discapacitados Reveillez Vous y aprovecharon para venir conmigo y visitar el orfanato). Tras una hora de viaje llegamos a nuestro destino.

Paramos en el «albergue» donde me alojaría las tres semanas siguientes. Se trata de un edificio de dos plantas casi recién construido. En la planta de arriba están las habitaciones de los voluntarios, que son puro lujo burkinés: ventilador, cama de matrimonio con mosquitera y baño completo. En el piso inferior, la cocina donde desayunábamos todos los días. Pegada al albergue, la panadería, también obra de las monjas de la Inmaculada Concepción (quienes se encargan del orfanato), y que da trabajo a 22 personas y pan a un radio de 45 km.

Tras esta primera parada, continuamos hacia el orfanato, que se encuentra a unos veinte minutos andando (a ritmo europeo quizás sea menos, pero ése se olvida al cabo de pocos días). Allí nos recibió Sor Véronique Kansono, directora del orfanato desde su creación, y quien nos hizo un recorrido por el centro: las 16 casas donde viven los niños con las «mamas», los tres edificios de la escuela, la farmacia, el corral, el huerto, la iglesia, los despachos, las habitaciones de las monjas y los comedores. Una gran extensión de terreno donde también cabe, y sobra sitio, un campo de fútbol, una lavandería, un depósito de agua y varias instalaciones más. Para los niños que a los 12 años deben abandonar el orfanato y por distintos motivos no tienen otro sitio al que acudir, disponen de dos casas (una para chicas y otra para chicos) en el exterior, también a cargo del orfanato.

La organización del orfanato está establecida por casas. En cada una viven unos nueve niños con una «madre», trabajadoras que por alguna circunstancia han sido expulsadas de sus hogares o no tienen medios con los que mantenerse. Así se asegura un cierto entorno familiar, donde los niños mayores cuidan de sus «hermanos» pequeños y la madre cuida de todos, creando un fuerte vínculo entre ellos.

Esperando como iba un escenario de miseria y falta absoluta de recursos, quedé sorprendida ante una situación totalmente opuesta. Los niños están bien alimentados (hacen

tres comidas diarias, más un pequeño almuerzo por la mañana y la merienda de la tarde), tienen atención médica, están escolarizados, disponen de electricidad y agua potable en sus casas y reciben todos los cuidados necesarios. Más tarde comprendí que es gracias al incansable trabajo de Sor Véronique y al apoyo económico de diversas asociaciones europeas (en especial una italiana) por lo que, en sólo diez años, esta religiosa ha podido convertir una casa de adobe donde vivía con 15 niños, en todo lo que tienen ahora. La situación, sin embargo, no deja de ser dramática, por las propias historias de los niños y porque sus buenas condiciones de vida (privilegiadas en comparación con las de fuera del orfanato) dependen de una ayuda externa que no siempre está garantizada. No se puede olvidar el contexto de pobreza sistémica del país.

Después de la visita guiada, yo volví al albergue y los voluntarios de Ouaga volvieron a casa. Por la tarde conocí a Juan, Esther, Gema y Patricia, los otros voluntarios de CC ONG que ya llevaban una semana en Ziniaré, pero que habían salido de fin de semana. Con ellos regresé al orfanato y me explicaron el funcionamiento diario del mismo, al que rápidamente me adaptaría.

Por las mañanas, Gema y Patricia daban clases de matemáticas, y Juan y Esther de inglés. Los primeros días me incorporé a estas últimas con ellos. Los niños, de entre siete y diez años, participaban con entusiasmo y resultados dispares. Su ilusión y avidez por aprender convertían las clases en un juego, del que me dio pena desvincularme. Sin embargo, tres profesores se hacían innecesarios, y algunos de los niños mayores reclamaban clases también para ellos, por lo que a eso me dediqué.

Teníamos clase de 9.00 a 12.30 de lunes a viernes (y algún sábado también, por petición de mi alumno François). En mi caso consistían fundamentalmente de clases de conversación, aunque debido al escaso nivel de los alumnos, debía recurrir con frecuencia a explicaciones gramaticales y de vocabulario. El sistema lo fui improvisando a medida que iba dilucidando el nivel de cada uno, ya que no llevaba nada preparado.

Después de las clases comíamos con las monjas (a veces) y con otros tres voluntarios franceses que también daban clases allí. Mucho arroz, pasta y cuscús, pero a menudo había carne, pescado y verduras, lo que para el burkinés medio es motivo de celebración. Y todo aliñado con salsas e ingredientes burkineses deliciosos que no dejaban lugar para la queja. Sobre las 14.00 volvíamos al albergue, donde descansábamos hasta las 16.00, y luego vuelta al

orfanato. Allí nos quedábamos hasta después de la cena, pues Claude, uno de los franceses, había llevado un proyector y ponía cine nocturno para los niños siempre que la lluvia lo permitía. Durante las tardes nos dedicábamos a entretener a los pequeños con juegos, bailes, manualidades o nuestra simple presencia, que daba bastante de sí.

De cuando en cuando salíamos de la rutina diaria: una visita al zoo, un viaje a Pabré con motivo de una ceremonia religiosa, etc. Los fines de semana los aprovechábamos para ir al pueblo (Ziniaré), visitar el gran mercado, hacer alguna compra o tomar una Brakina (la cerveza burkinesa) en los bares del lugar. Algunos voluntarios hicieron escapadas de fin de semana, pero yo preferí quedarme ya que mi estancia era de apenas tres semanas. Por ese mismo motivo no hubo un solo día en que no pasara por el orfanato, aunque a veces no hubiera mucho que hacer.

A medida que se iba acercando agosto, época de lluvias y de vacaciones, la actividad en el orfanato fue cambiando. Muchos de los niños que tienen algún familiar (padre, tíos, etc.) parten un mes con ellos pues serán quienes les acojan cuando cumplan 12 años y deban dejar el orfanato. Así mismo, con las lluvias, todo el mundo (niños incluidos) sale a cultivar al campo, ya que es el momento en el que la tierra está húmeda y se puede trabajar con más facilidad. Por estos motivos, en los últimos días de mi estancia los alumnos dejaban de ir a clase porque pasaban la mañana en los cultivos y el orfanato en general se iba quedando más vacío. Así, algunos días no había mucho que hacer, y en determinadas ocasiones llegamos a pensar si más que ayudar suponíamos un estorbo para el buen funcionamiento del centro.

Sor Véronique, pese a nuestra insistencia, no era partidaria de que ayudáramos a las madres con sus tareas diarias: cocinar, duchar a los niños, lavar la ropa, etc. Sus reticencias eran comprensibles, ya que la organización era impecable y nuestra intervención podría haber supuesto una molestia más que una ayuda. Cuando le planteamos a Sor Véronique nuestras inquietudes acerca de nuestro trabajo allí, nos aseguró una y mil veces que nuestra mera presencia en el orfanato les ayudaba muchísimo porque así las madres (muchas de las cuales también se habían ido de vacaciones) podían dedicarse a sus tareas sabiendo que los niños estaban bajo nuestra vigilancia.

Considero que lo más valioso que hicimos en Ziniaré fueron las clases. Los niños (de todas las edades) las aprovechan y les supone un gran apoyo, ya que reciben una atención más

cercana de la que disponen durante el curso escolar. Sin olvidar, por supuesto, el simple hecho de estar, jugar con ellos y hacerles un caso del que normalmente carecen.

Sin embargo, creo que hubo algunos aspectos mejorables que podría ser interesante trabajar para futuras ocasiones:

- A LSI no van sólo colaboradores de CC ONG, sino también de otras asociaciones europeas, por lo que en un determinado momento la presencia de voluntarios resultaba claramente excesiva: llegamos a ser 11 personas atendiendo a los escasos niños que aún no se habían marchado de vacaciones. Tanta gente supone más una molestia logística que una ayuda, pues hay que organizar comidas, alojamiento, transporte nocturno al albergue, etc. Con un número tan elevado de voluntarios, el provecho que se puede sacar de nuestra presencia allí es escaso.

- Nuestra actividad allí no se planificó con anticipación, sino que fuimos improvisando en función de las indicaciones de Sor Véronique, de los conocimientos de cada voluntario y de las necesidades que íbamos viendo en los niños. Creo que, con cierta organización previa, podríamos haber atendido a un número mayor de niños (como a los pequeños, quienes se quedaron sin clases; o a los más mayores, muchos de los cuales se enteraron demasiado tarde de lo que estábamos haciendo allí).

Con todo, viajar a Ziniaré ha resultado una de las mejores decisiones que he tomado hasta ahora. Los niños del orfanato, los de fuera, los burkineses y Burkina Faso me han dado mucho más de lo que yo haya podido aportarles a ellos. Si una experiencia como esta no le cambia a uno la vida, le ayuda a verla de una forma distinta, más rica y más abierta. Burkina engancha como engancha África, y sin duda espero poder volver pronto.